

RASGOS POLITICOS PARA UNA SEMBLANZA DE DON JUAN VALERA

Ha aparecido recientemente un copioso epistolario de don Juan Valera y don Marcelino Menéndez Pelayo, publicado por la Sociedad que lleva el nombre del maestro montañés. No parece necesario, ni aun congruente, el ponderar el interés de estas cartas cruzadas entre ambos escritores; pero sí será conveniente quizá subrayar el muy crecido de las inesperadas vertientes de estas cimas epistolares que dominan todo el panorama literario y social de la época en que se escriben, es decir, de 1877 a 1905.

Naturalmente que la parte mayor y principal se la lleva la preocupación literaria, y mucho tendrá que espigar en estas cartas el futuro historiador de las letras de este tiempo, y tener en la consideración debida la multitud de apreciaciones críticas, noticias literarias y juicios razonados que contienen. Asimismo, el interesado por la vida social de este período encontrará filón abundante, en las cartas de Valera especialmente, y el aficionado al buen decir castellano disfrutará con la prosa familiar en que están escritas. Pero, apurados éstos, aun quedarían aspectos considerables, de interés incontrovertible, entre sus líneas, y a uno de estos aspectos quiero atender capitalmente en estas páginas: al aspecto propiamente político.

Escribe Valera la mayor parte de sus epístolas desde puestos diplomáticos importantes que a la sazón servía, como embajador o ministro, en Lisboa, Bruselas, Washington o Viena, y era acaso de esperar que contuvieran referencias a estas misiones, en muchos casos delicadas, y en las que hizo siempre un papel airoso. Pues bien; aunque a veces da noticias de tales Cortes y Gobiernos, éstas son superficiales y de pasada, y más bien de la parte social y mundana de los negocios que de lo que pudiera ser más apasionante y sustancial en éstos. Sus juicios sobre el carácter de los

países en que reside tienen más interés, y alguno trataré de traer a estas notas, pero aunque escasas las noticias de política española que a veces intercala, o los proyectos de política cultural con tales países que insinúa, ofrecen a mi entender rasgos importantes de su fisonomía humana, y por tanto imprescindibles para los que estudien su labor literaria, y aun perfiles de la política misma no desdeñables para el que con la política y con su historia se apasione.

Militó Valera con pertinaz consecuencia en el partido liberal, que por aquellas calendas dirigía don Práxedes Mateo Sagasta, pero sus preferencias más auténticas, y que en la intimidad confía a su amigo Menéndez Pelayo, estaban, si no por el ideario, por las personas del otro partido, el conservador o canovista. En carta de 1882, y con ocasión de haber leído un libro de Santiago Liniers, escribe: «Es raro que sean casi siempre, en España, los clericales, los *neos* o como queramos llamarles, los acusados de parciales del oscurantismo, los que muestran en sus escritos más verdadera ilustración y más elegante cultura. Este fenómeno es tan raro —a los ojos de un liberal algo racionalista, se entiende—, que yo cavilo sobre él y siento el prurito de escribir una disertación para explicarle racionalmente.» Y en otra carta, al enviar recuerdos afectuosos para Cañete, Tamayo, Nocedal, Fernández Guerra, añade: «¿Qué le hemos de hacer? ¿Por qué seré yo, siendo tan liberal, tan neo-católico en la amistad?» Justamente subrayan estas protestas los prologuistas del epistolario, don Miguel Artigas y don Pedro Sáinz Rodríguez, con estas justas palabras: «El liberalismo teórico y racionalista de Valera se adapta muy difícilmente al liberalismo práctico, político, de sus correligionarios; está muy sobre ellos y siente invencible aversión a su tosqueda y violencia; por eso en la vida práctica, en sus afectos y amistades íntimas es un conservador y, como él dice, casi un *neo*.»

Su falta de entusiasmo por el partido en que oficialmente milita aleja de él todo afán de proselitismo, aun en trances en que no hubiera sido inoportuno. En más de una ocasión, y por diferentes motivos, se creyó en el caso de aleccionar

a Menéndez Pelayo sobre su conducta política. En 1882 sufre Menéndez Pelayo una crisis amarga por las censuras que le dirigían los elementos más exaltados de las derechas políticas. Don Juan acude con estos razonamientos, no poco agudos e intencionados: «Hablando con franqueza, desapruebo esa determinación que me dice usted haber tomado de refugiarse en la Estética, enojado de la ingratitud y estupidéz de los carlistas. Yo creo que debe usted prescindir de lo que ellos hagan y digan y hablar con sinceridad y valentía de Religión, de Filosofía, de Política y de cuanto se le antoje, según su leal saber y entender y sin propósito de agradar a nadie. Ya usted verá cómo así agrada más aún y halla quien le siga en vez de ser usted el que tenga que seguir a otros. Por lo demás, parece que, con suavidad y lentitud, debe usted de ir dejando de ser carlista y viniéndose a Don Alfonso. Esto puede ser sin estrépito y del modo más natural. Y en punto a doctrinas revolucionarias novísimas, puede usted ir marcando sus opiniones y teorías, las cuales pudieran, con el saber que usted tiene y el que puede y debe adquirir aún, revestir un carácter castizo y archiespañol que les dé cierto valor original. Algo así hice yo en otro tiempo, someramente. Hágalo usted con más profundidad y erudición. Yo fui quien saqué a relucir aquello de Domingo de Soto para reconciliar el origen divino del Poder, con la creencia en la soberanía del pueblo: *Non est potestas nisi a Deo non quod respublica non creaverit principes, ser quod id fecerit divinitus erudita*. De aquí sacaba yo, además, otra doctrina importante, que merecería ilustrarse con textos de nuestros autores; a saber: que la *respublica divinitus erudita* lo que crea es el Poder, el Soberano, pero no la Ley. La Ley no depende, pues, de la mayoría sino en cierto grado, porque no hay más modo de darla que por votos; pero no es Ley cuando va contra lo justo, aunque la vote el género humano. Y, por el contrario, si una sola persona está en lo justo, esa sola persona seguirá la Ley, aunque el género humano diga lo contrario. Sin embargo, como no hay otro modo de dar leyes positivas, a no ser imponiéndolas por la fuerza, que por medio de votación, lo mejor es la

votación y la deliberación previa antes de dar leyes, pero teniendo siempre presente que es medio humano, defectuoso y falible de dadas, por donde pueden y suelen ser malas. De aquí, por un lado, el deber de someterse a ellas, una vez promulgadas, y por otro lado, el pleno derecho de censurarlas, satirizarlas e impugnarlas, hasta que se logre que se deroguen. Esto, dicho así, apenas se entiende, pero usted entiende con poca explicación. Lo esencial es que, no por dar gusto o disgusto a los carlistas, deje usted de hablar de todo menos de literatura, determinación, por otra parte, que no se entiende, a no ser que su crítica de usted se limite a la forma y no penetre en el fondo de nada. Si penetra en el fondo, ¿cómo ha de hablar usted de literatura sin hablar implícitamente de todo?»

Creo que este pasaje es importantísimo y que no contradice mi afirmación de su interés por la política, tan escaso que no le lleva al proselitismo en favor de cualquier partido. «La política me apesta —ha de decir en otra carta—, y veo sin envidia que docenas de mis amigos han sido ya ministros de la Corona y yo no.» Y aun más expresivamente su desdén por el partido en que militaba puede percibirse por una carta escrita en 1884, desde Washington, en que se escribe este cruel epitafio: «Sin sorpresa ni disgusto, ya que mis amigos los liberales se lo tienen merecido por su torpeza y cursilería, he visto la caída del Ministerio Posada Herrera y la vuelta al Poder de Cánovas.»

De los prohombres políticos de la España de entonces su mayor estimación la gozaba don Antonio Cánovas del Castillo. Son frecuentes los pasajes en este epistolario en que lo demuestra, y ciertamente dado su escepticismo sobre política y sobre otras muchas cosas, tan sólo un sentimiento de lealtad o consecuencia, de orden más bien personal que ideológico, explica que hasta el final de su vida permaneciera dentro de la disciplina del partido liberal. Acaso no le fuera del todo simpático el carácter de Cánovas, como lo muestra este juicio sumamente ilustrativo de la parte que en su conducta política tenían razones de orden personal, como he insinuado. «Insufrible es, a veces, la soberbia au-

toritaria de Cánovas; a veces, así en literatura como en política, a fin de aparecer profundo, se descuelga él con tesis que me dejan despampanado; pero, en fin, su partido es menos cursi y vulgar, menos inalfabético y más culto que el partido en que yo estoy. Esto me aflige y me pone deseo de no estar en ningún partido.»

La importancia política del jefe del partido conservador la reconoce constantemente. He aquí un párrafo bien significativo: «Es lástima que Cánovas tenga tanta vanidad, soberbia y aspiraciones de gran literato. Con la importancia política que ha adquirido, con la sublimidad bismarckiana a que se ha elevado, con el respeto que infunde y con el servilismo que hay en España, pudiera ser nuestro Mecenas si no pensase en ser nuestro rival o nuestro superior y maestro; pudiera valerlos e imponernos para el público. A veces, en mis ratos de abatimiento, he pensado en esto; pero, en fin, mejor es desechar pensamiento tan ruin y no ser nada o ser algo sin Mecenas alguno.» Pese a este juicio, su opinión sobre el mérito literario de Cánovas no había de ser en definitiva tan peyorativa como se trasluce en este pasaje. Varias veces comenta con don Marcelino las pretensiones literarias del gran político. Menéndez y Pelayo pensaba que sus elucubraciones especulativas eran «de poco valor y fuste». En cambio le merece respeto como historiador. «Merece alabanza (como historiador) —dice don Marcelino— en lo poco que hizo; creo que era su verdadera vocación literaria, y fué lástima que no pudiese realizarla por completo, pero ha dejado fragmentos excelentes.» Valera solicitó y obtuvo de Cánovas un prólogo para uno de sus libros, y en varias cartas comenta la marcha de su petición y sus recelos de que no se satisficiera. Cumplió Cánovas, y Valera en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, hace el más rendido elogio del político. Al comentar con Menéndez Pelayo esta parte de su discurso declara explícitamente: «El panegírico que de Cánovas hago es tan grande como espontáneo. A mi ver, no se puede celebrar más a aquel hombre de Estado que dando a entender a las claras que, si le comparamos con los

grandes políticos contemporáneos, no vale menos que Bismarck o que Cavour, y que, si le comparamos con aquellos gloriosos jefes que rodeaban el Trono de Fernando el Católico y de sus sucesores, no se queda pequeñito ni a la zaga. Si Cánovas no tuvo, a pesar de todo, muy notable buen éxito, culpa fué de las circunstancias lastimosas en que vivimos, de nuestra mala ventura y de la distinta manera de ser que tienen en el día las naciones.»

Pensando como hemos visto que pensaba Valera de sus correligionarios y juzgando como juzgaba Cánovas, ¿cuál era la razón de que militara en el partido liberal con ejemplar consecuencia? La clave de esta conducta, aparte los motivos personales insinuados, nos la da en una carta de 1893. He aquí sus términos: «Siento que no estemos en el mismo partido político; pero ¿qué remedio? Y lo más tristemente chistoso es que estamos en opuestos partidos, no por ser opuestas nuestras opiniones e ideas, pues yo tengo la evidencia de que pensamos lo mismo en todo, sino por esto que llaman disciplina de los partidos, que nos tiene como alistados en una tropa o pandilla y regimentados, a usted bajo la bandera y mando de Cánovas, y a mí bajo la bandera y mando de Sagasta, lo cual, por mucho que estimo a los tales caudillos, es incómodo y algo vejatorio.» Nunca faltó a esta disciplina, pero en ocasiones demuestra estar a punto de ello. Al presentar su dimisión como embajador en Bruselas da suelta a un desahogo sumamente delator de su carácter. «Como mis *amigos políticos* —dice— se han conducido tan inicuaamente conmigo, yo me dejo llevar a veces de la pasión, y aun entro en sospechas de que ni los amigos *impolíticos* sean para mí un dechado... No quiero dar motivo ni pretexto para que los gobernantes actuales supongan que estoy enojado... Lo probable es que, por ahora, me dejan cesante, con la promesa de hacerme consejero de Estado en septiembre o en octubre. Esto deseo yo, pues aseguro a usted que, a pesar de mis escasos recursos y de mis muchas necesidades, anhelo no ser nada oficial, para dejar también de ser sagastino. Sagasta, Martos, Albarada, Correa, Moret y toda esta tropa me tienen ya hartos.

Y, sin embargo, si me nombran inmediatamente del Consejo, tendré que aceptar. No quiero que presuman en mí inmediatamente ni despecho ni enojo.» Su consecuencia política había quedado reducida a una cuestión de consecuencia elegante. Su escepticismo sobre la sinceridad de los ideales políticos era absoluto. Ya en 1878 escribía a Menéndez Pelayo: «No dilucidemos aquí si es flaqueza común o si sucede en España porque es un país muy perdido; pero créame usted, aquí apenas hay ni un liberal ni un *neo* que lo sea por convencimiento. Cada cual elige uno u otro papel, según cree que mejor le conviene para medrar o lucirse.»

Tal escepticismo y tal falta de afición no auguraban ciertamente una carrera política brillante ni fructífera. Y así fué. Ignoro si alguna vez tuvo Valera ambiciones dentro del ámbito de la política interior, pero es lo cierto que nunca sonó su nombre, tan notorio literariamente, para cargos públicos en España, salvo esa jubilación de consejero de Estado, tan estimada entonces por el rango como inoperante para la acción y el medro.

En cambio, dentro de la carrera diplomática alcanzó puestos relevantes, y sirvió de ministro y embajador en diversas misiones. Y sin duda hizo honor a la jerarquía de tales cargos y se desenvolvió en ellos con prudencia y buen éxito, aparte el empaque de su nombre y la elegancia espiritual que los ambientes que forzosamente hubo de frecuentar habían de medir con mejor tino que las Cámaras parlamentarias españolas o los Ministerios y covachuelas de la Administración nacional.

Valera tenía sus ideas y puntos de vista sobre la situación de España en el exterior, y no se recató nunca de expresarles, y en estas cartas con franqueza y expedición singulares. «Nuestra grande y gloriosa Historia —decía a Menéndez Pelayo en 1884, al dirigirle la primera misiva desde la Legación de Wáshington—, el haber descubierto y poblado muchas parte de este Nuevo Mundo y el considerar que no estamos hundidos aún, nos da entre estas gentes un crédito que me lisonjea patrióticamente, aunque me pesa de que no nos aprovechemos de él para nada, como, en mi sen-

tir, pudiéramos. Es curiosa la diferencia; pero, según mi impresión, en Inglaterra apenas hace nadie caso de nosotros: nos desdeñan y nos desconocen. Mientras tanto, aquí, gracias en parte a las Repúblicas de nuestra casta y lengua y a Cuba, nos ven tan presentes, a tan buena luz y tan altos, que quizá después de Inglaterra sea España aquí el país más considerado y simpático de toda Europa. Yo no pierdo la esperanza del bien de nuestra nación y de nuestra raza si tuviéramos juicio, estabilidad en los Gobiernos y una política firme y seguida.» Y a seguida hace esta declaración de indudable trascendencia, aunque no nueva entonces ni después, si bien no siempre literalmente seguida. «Yo no me andaré con veleidades tudescas. Nuestros aliados naturales en Europa son Francia y la Gran Bretaña, cuyo soberbio desdén debemos disimular y tratar de vencer, y en América, todos los Estados iberos y sajones, que nos quieren más de lo que se piensa.»

El roce con la realidad no hace disminuir sus convicciones, pero le aflige y se desahoga con Menéndez Pelayo con toda la crudeza que denota este párrafo, escrito también desde la capital de los Estados Unidos: «Esta gran República, si sólo se atiende a los políticos, es el país más perdido del mundo. O son unos brutos o son unos ladrones y, a menudo, ambas cosas. Como aquí se explota todo, explotan también el miedo que en España creen aquí que les tenemos para pedirnos *reclamaciones*, con las cuales comen a dos carrillos: cobrando de los reclamantes por lo que consiguen que España les dé y cobrando de España (esto lo digo con todo sigilo) porque consienten en que España no dé tanto como lo que los reclamantes piden. Mucho me pudre la sangre todo esto. El león de España, desde este punto de vista, no me parece león, sino perro flaco comido de pulgas, para que salga verdadero el refrán.» Con todo y en especial para nuestras relaciones culturales, que como es natural es el aspecto político que más le interesa, sigue pensando que la gran nación americana es la que con preferencia deben cuidar nuestros Gobiernos para la amistad y para la expansión de nuestro pensamiento y de nuestra cultura.

Desde Bruselas había de escribir en carta de 1886: «Moral e intelectualmente me siento aquí un millón de leguas más lejos de España que entre los yanquis, donde el espíritu abierto y cosmopolita, algo que hay en ellos opuesto al exclusivismo inglés, y el reflejo inmortal de nuestras glorias, descubrimientos, aventuras, grandezas y hazañas en América, engendran y sostienen una simpatía, una admiración y un cariño hacia España y hacia los españoles y nos dan un valer y un crédito de que no atinamos buenamente a sacar provecho. Nosotros, si esa nación ha de volver a ser nación digna de su pasado, debemos influir y prevalecer y hasta ejercer cierta hegemonía en el Nuevo Mundo, sobre todo en el hispano-parlante; y el foco y el punto de partida de nuestra acción ha de ser Nueva York. A pesar de lo que me gusta Europa, a pesar de lo que quiero a mis hijos, a pesar de mis sesenta y un años, a pesar de otros inconvenientes, si no ocurre un infortunio, por locura, por afecto y por la valentía y desdén de la vida que hay por allá, dé usted por cierto que yo me quedo en Nueva York de caballero particular y aventurero, y despliego una actividad que no he tenido nunca, y doy por cierto que me hubiera proporcionado medios de vivir. Ahora estoy quebrantadísimo, y se diría que me ha caído encima medio siglo de repente: tan viejo me siento y estoy.»

Este convencimiento de que Norteamérica debe ser el punto escogido para la penetración de la cultura española en el continente americano le había razonado desde Wáshington en carta de 1885. Decía así: «Los yankis, según creemos por ahí, o mejor dicho, contra lo que creemos por ahí, no son un pueblo exclusivamente anglosajón: son una mezcla de todo y, por tanto, con espíritu cosmopolita, abierto a toda doctrina, a todo sentimiento, a toda idea y a toda poesía. Claro está que prevalece el idioma inglés, y que la inmensa literatura inglesa, acrecentada con lo mucho que aquí se escribe, es hoy el pasto espiritual de todos. Aquí se lee poquísimo en francés, y casi nada en alemán, italiano y otros idiomas; pero en inglés se imprime, se publica, se vende y se lee muchísimo, y yo tengo mil razones para creer

que si fuéramos más hábiles los españoles y lográsemos con buenos libros y buenas impresiones inspirar la afición, habríamos de tener aquí los que escribimos o hemos escrito en España gran auditorio y rico mercado. La decadencia en que hoy están las letras en Francia nos ayudaría bastante a esto.» Y a continuación, aludiendo a la estancia del poeta Fernández Shaw en los Estados Unidos, ha de descubrir aun mejor las razones de su optimismo. «Una de las cosas —dice— que Fernández Shaw, u otro que sea capaz si Fernández Shaw no lo es, pudicra hacer aquí, a mi ver, con éxito casi seguro, era convencer a Appleton, o a otro editor rico, de que conviene publicar una serie de tomitos de autores españoles *baratos*, a medio duro el tomo. El que hiciese esto, con algún resuello para esperar a que se cobrase afición y se vendiese, doy por evidente que se enriquecería aquí. Yo voy más lejos aun en esta predicción condicional; esto es, si fuésemos hábiles. Yo creo que, al cabo de poco tiempo, podría haber aquí tal público para los libros españoles, que un autor español, como hacen los ingleses, sin tratado de propiedad literaria, trataría directamente con editores de aquí y haría aquí sus ediciones para América. Pronto habrá en esta República 60 millones de almas, y la lengua más difundida sobre todo el Sur y en el Oeste, después de la inglesa, es la española. En el Oeste y en el Sur se lee muchísimo más que aquí, porque no se gasta el tiempo en tertulias, bailes, teatros y otras diversiones. Hasta a los negros, que son ya cerca de ocho millones, les da por meterse a literatos.»

Quizá era en estos pronósticos un tanto ingenuo Valera. La confianza ilimitada, que proclama en sus primeras cartas de Washington, en los editores norteamericanos, especialmente los Appleton, que por entonces hacían una edición inglesa de *Pepita Jiménez*, y habían de hacer después una española, va disminuyendo a medida que los conoce mejor, y por experiencia propia, y acaba conviniendo en que acase sean más formales que los editores españoles, pero que son más tacaños, para renegar al fin de ellos y considerarse perjudicado con la edición española de su novela, que se en-

cuentra a la venta sin autorización suya y teniendo que aceptar un mísero tanto por ciento por buenas componendas, sin poder fiscalizar la tirada ni comprobar la autenticidad de las liquidaciones. Pese a ello, nunca abandona el convencimiento de que en América está el lugar de nuestra expansión cultural, y lisonjeado justamente por el juicio que de *Pepita Jiménez* y *Doña Luz* hace el novelista Howels, escribe que ello le halaga «no sólo como autor que soy, sino como español, por patriotismo y más aún porque justifica mi suposición y me acredita de hombre que conoce las gentes cuando he dicho en cartas, en *despachos* y de todos modos, que nuestro porvenir está en América, que allí nos estiman y nos quieren como en parte alguna y que allí, por poco que nos esforcemos y tengamos buen tino para darnos a conocer, se comprarán y leerán nuestros libros y seremos estimados y ensalzados más que en España, y si no seguimos siendo unos perdidos, tendremos, como nación, influjo y poder, y en las Repúblicas españolas, preponderancia, y en la inglesa, aliados y amigos». Y no es que tratara de buscar públicos idóneos y acomodaticios para nuestra literatura, sino que entre sus escepticismos incurables nunca pudo contarse el escepticismo sobre la valía del español, de su ingenio y su cultura, como lo prueba este párrafo verdaderamente encendido de fe y de confianza. «España ha sido y debe seguir siendo una de las cuatro o cinco grandes naciones civilizadoras del mundo, que no ha habido más después de griegos y romanos. Mas para no perder este privilegio hierofántico, que compartimos con Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, es menester no dormirnos y no dejar que en España tomen los tontos y los brutos el tirso.» Y aun remachaba al ir a juzgar la *Historia de la civilización ibérica*, de Oliveira Martins: «Yo quiero probar que España, después de Grecia e Italia, ha sido y es la nación más europea, más clásica y más *católica y romana* en todos los sentidos, a pesar de moros y judíos.»

Como anticipé, en este epistolario de que me sirvo para entresacar algunos rasgos políticos de Valera, no se da cuenta de gestiones propiamente políticas, pero en cambio

se aventuran juicios sobre el carácter, costumbres y cultura de los países donde el novelista ejerce su misión, harto delatores del estilo espiritual de Valera, tan auténticamente sencillo, sobrio y elegante. Algunos de estos juicios transcribiré, si bien silenciaré otros que en la carta familiar tienen su tono y sentido justos, pero que trasladados a este ensayo serían traicionados en su significación más íntima. Lo que se escribió, como lo que se dijo, para que no saliera de la intimidad más confiada no debe de airearse y publicarse sin salvedades y cautela, y no ciertamente por lo crudo y lo desgarrado, o por los enojosos dimes y diretes a que puede dar lugar, sino porque en realidad la publicación de lo que a ella no se destinó falsifica y confunde el carácter y la significación auténtica de tales dichos o escritos.

La primera Corte extranjera desde la que escribe a Menéndez Pelayo es Lisboa. Representó allí a España como Ministro, y debió de llegar a la capital de Portugal en marzo de 1881. A poco de llegar firmó el convenio de propiedad literaria con el vecino país; pero en estas cartas tan sólo encuentro una alusión a este suceso, hecha un año después. Lamenta Valera la desidia que para estos asuntos muestran los españoles y dice a don Marcelino en carta de 1882: «Hace cerca de un año que ultimé yo, cambiando las ratificaciones, el convenio de propiedad literaria con Portugal. Hay un artículo en él que dispone que cada tres meses envíen lista —el Gobierno español al portugués y el portugués al español— de todos los libros publicados en cada país, la cual lista se ha de imprimir, respectivamente, en la *Gaceta de Madrid* y en *O Diário do Governo*, de Lisboa. Esto, a mi ver, sería muy conveniente para que ahí conociesen ustedes, siquiera por los títulos, el movimiento literario de aquí, y aquí el de allí. Publicada aquí la lista de libros españoles, yo haría que aquí la copiasen otros varios periódicos y aun que la comentasen. ¿Quiere usted creer que es tal la desidia de unos y de otros que, por más que pido, ruego, hablo y escribo, no logro ni que me den aquí la una lista ni que de ahí me manden la otra?»

De su impresión sobre los portugueses hay más pruebas

en este epistolario; pero de todas ellas quiero entresacar tan sólo su comentario a la actitud recelosa de los lusos ante los comentarios de la Prensa española cuando su incidente o fricción en Africa con Inglaterra. Dice así don Juan. «En mi afecto a los portugueses hay grandes altas y bajas, y las bajas son más frecuentes que las altas... Ya preveía yo que los artículos de los periódicos españoles requebrando últimamente a los portugueses, defendiéndolos de insultos de Inglaterra y proponiendo la alianza española iban a producir aquí el efecto de siempre: la desconfianza, el desdén y las coces. Escribí excitando a los amigos para que la Prensa se callase. No se calló. ¿Y qué ha resultado? Que responden aquí periódicos que pasan por ministeriales, y hasta uno que inspira Corvo, defendiendo aún y para siempre la alianza con Inglaterra, y tratando de odiosa, de impopular, de perniciosísima toda alianza con España. Todo esto es abominable y estúpido por parte de los portugueses; pero fuerza es confesar que la simpleza y procacidad de nuestros periódicos, empezando por la sesuda *Epoca*, tienen mucha culpa. Al demonio se le ocurre, sin Marina, sin bríos, en decadencia como estamos, decir a Portugal: *Deja a Inglaterra si no te defiende y vente con nosotros que te defenderemos*. No faltó más sino declarar que íbamos a declarar la guerra a Inglaterra y a echar a pique sus naves para vengar a estos semipaisanos.» Su impresión final sobre el carácter portugués y sus relaciones con España se resumen un poco desconsoladamente así: «En suma, yo estoy bastante desengañado y cansado de mi misión en Portugal.»

Su estancia en Bruselas no debió de serle mucho más grata. No llegó a congeniar con aquel laborioso pueblo. Con auténtico humor y desgarro familiar ha de decir a Menéndez Pelayo: «Aquí estoy en el más completo aislamiento. Con la vanidad francesa, con la pesadez alemana y con la indigestión de la insípida cerveza de que se atracan, estos belgas son insufribles, y declaro que el gran Duque de Alba me parece ahora archibenigno.» Bien discernible es lo que en estas palabras hay de eutrapelia; pero el fondo de poca simpatía es patente. De sus relaciones culturales con Espa-

ña encuentro tan sólo esta indicación harto expresiva: «Es singular, y ya creo haber hablado a usted de esto, el completo divorcio espiritual o mental que hay entre este país y España, por más que puede afirmarse que este país ha sido España hasta fines del siglo XVII, por lo menos. Nadie lee, nadie vende un libro español. Nadie sabe el castellano, salvo algunas señoras de origen español que le saben hablar y sin sospechar siquiera que haya algo en español que merezca leerse.»

Los servicios diplomáticos de Valera tuvieron por fin la máxima recompensa dentro del escalafón de su Cuerpo. En 1893 anunciaba a Menéndez Pelayo: «El Gobierno quiere de buena fe hacerme embajador y yo se lo agradezco todavía, a pesar de la mala maña que se va dando para que se logre.» Parece ser que la intención era enviarle a la Corte de Viena, pero hubo de interponerse Merry del Val, que, en frase caústica de Valera, creía que en Viena podía seguir «más seguro y más de por vida», y entonces debió de pensarse el enviar a Valera al Vaticano. Pero fué el caso que tuvo publicidad el propósito, y don Juan lo lamenta y culpa a los ministros «que todo se lo cuentan a los periodistas; y sería mejor y más cómodo, pues se ahorrarían de contarlo, que siempre que los ministros tuviesen Consejo fuese con asistencia precisa de un *reporter* de cada periódico, que oyesen las deliberaciones y decisiones, ya que no tomase parte en ellas». El resultado de los comentarios de Prensa fué que, por la imprudencia de enterar a la Prensa antes que al Santo Padre, temió Valera, y no sé si así sucedió, que el Papa no aprobara la designación. «De aquí —dice Valera— que los periódicos me discutan, me supongan más o menos impío y pronostiquen que Su Santidad no me aceptará. Mucho me temo que estos pronósticos se cumplan. El Papa no ha de leer él mismo mis obras, y se atenderá a lo que digan hipócritas o fanáticos de aquí y de allá. Es, pues, probable que sea yo rechazado, a pesar de la plena convicción en que estoy de que apenas habrá en España dos personas, no del clero, que hayan cantado, contado y ensalzado con más entusiasmo, fervor y desinterés que yo, en verso y en prosa,

las excelencias del Catolicismo y su triunfante poder civilizador, que guía desde hace siglos a las naciones de Europa y les da la misión de extender la civilización por el mundo y el imperio y el magisterio sobre todas las razas, lenguas y tribus. En suma: cuando recuerdo o releo y considero lo que he escrito, me parece imposible que el Papa me rechace para embajador. Claro está que podrá hallarme más o menos creyente o más o menos pecaminoso, pero de esto no se trata; de esto daré yo cuenta a Dios en el tribunal de la penitencia, o como quiera que sea. Aquí sólo se trata de si puede haber en España muchos que, aun siendo más hábiles, sean más afectos que yo, política, diplomática y socialmente, a los intereses, al bien y a la grandeza de la Iglesia Católica. Yo no he pretendido nada, y menos que nada he pretendido ir a Roma. El Gobierno y los omnipotentes caprichos del señor Merry lo han hecho todo; mas por lo mismo, es más duro que se me exponga, tan sin culpa de ninguna clase, a un público desaire y que se me anuncie que se me negará un beneplácito que a cualquier galopín mudo, como el mismo Merry, se le concedería.»

Ignoro la tramitación total de este incidente, pero es lo cierto que a los dos meses de escribirse esta carta, en marzo de 1893, está ya en Viena al frente de nuestra Embajada en aquella Corte. Si se juzgara tan sólo por las cartas que desde allá escribe, se llegaría a la conclusión de que los asuntos literarios le preocuparon, y sobre todo le ocuparon, más que los políticos. De éstos apenas habla, y tan sólo encuentro el relato de un incidente que por sucesos de Hungría hubo de costar la caída al ministro Kalnoky y los despachos al Nuncio de Su Santidad. Pero la observación más interesante perteneciente a la política es la siguiente que hace de la disciplina social del Imperio: «Lo que a mi ver hay que admirar y que envidiar aquí es la subordinación social, el respeto profundo de los inferiores a los superiores y el concepto elevado que todos tienen de este conjunto de lenguas, tribus y castas diversas, lo cual da cohesión y estabilidad y fuerza al conjunto y hace de modo que parezca que hay nación, patria y unidad donde no las hay.»

Quizá pudieran espigarse aún en esta correspondencia más rasgos de carácter político, pero creo que quedan registrados los más y más característicos. Sin duda enseñan del carácter y psicología de Valera más que de los asuntos sobre que opina. Pero en todo caso, ¿no es indudable que todos los comentarios son más significativos del que los hace que ilustradores de lo que se propone ilustrar? El interés por lo particular y personal es inferior al interés por lo público y político, y de aquí que se estimen y tengan a veces en mucho, especies que más bien se refieren al modo de ser de quien las dice que a los sucesos que las motivan; o quizá es más fácil atender a lo más exterior de la expresión que calar en lo más hondo y expresivo de lo personal. Para espíritus atentos y despiertos será siempre más interesante y revelador el breve mundo del narrador que el más amplio de la narración.

Quiero terminar esta ya demasiado dilatada nota con un juicio de Valera más, en el que vuelve a afirmar su fe en las posibilidades culturales de los españoles, y en el que insinúa como final las posibilidades de influencia de un pueblo entonces dormido, y hoy, más que despierto, desvelado. He aquí este sugestivo juicio: «Para volver a ser en lo político, guerrero, etc., potencia de primer orden, necesitamos dinero, Ejército, Marina, buen Gobierno, etc.; para ser potencia de primer orden en las letras, para volver a compartir la hegemonía del pensamiento con Alemania, Francia e Italia, no nos falta más que sacudir la pereza y ser reflexivamente atrevidos con la conciencia del propio valer. Hay una quinta nación en Europa que se diría que va a entrar ahora en esta tetrarquía y la quiere convertir en pentarquía; pero yo creo que los Tolstois, Turguenefs, Lermontoff, Puschine, etc. distan aún mucho de alcanzar tan elevado puesto para su patria.»

JOSÉ M.^a DE COSSÍO.